

una medida imprudente pero generosa, que tomaron los Franceses á su entrada en los Países Bajos. En efecto no dejaba de ser absurdo que para proporcionar á los Holandeses el monopolio de la navegacion, no pudiesen los Países Bajos, por donde atraviesa el Escalda, hacer uso de aquel rio. Ni aun se habia atrevido el Austria á abolir aquella servidumbre; pero Dumouriez lo hizo con órden de su gobierno, y los habitantes de Amberes vieron con mucho gusto las embarcaciones remontar el Escalda hasta su propia ciudad. Era muy fácil responder á semejante cargo, porque aunque respetase la Francia los derechos de los vecinos neutrales, no por eso habia prometido aprobar con su ejemplo iniquidades políticas, solo porque estuviesen interesados en ellas los dichos vecinos. Ademas el gobierno Holandés habia manifestado sus malas disposiciones y no era cosa de tener grandes consideraciones con él. El segundo cargo era relativo al decreto de 15 de noviembre, por el cual prometia la convencion nacional auxiliar á todos los pueblos que sacudiesen el yugo de la tirania, pero este imprudente decreto se habia espedido en un momento de entusiasmo; y no significaba, como pretendia Pitt, que se convidase á todos los pueblos á la insurreccion, sino que se darian socorros á los pueblos contra sus gobiernos, si estos estaban en guerra

con la revolucion. Ultimamente se quejaba Pitt de las amenazas y declamaciones continuas de los jacobinos contra todos los gobiernos; en lo cual no dejaban de pagarse reciprocamente, ni se debian nada los gobiernos y los jacobinos en materia de injurias.

Esta conversacion no produjo el mejor resultado, y solo se echaba de ver que la Inglaterra buscaba pretextos para diferir la guerra, no porque no la desease sino porque todavia no la convenia declararla. Pero el célebre proceso del mes de enero precipitó los acontecimientos, haciendo que se reuniera el parlamento antes del término ordinario, y se publicó una ley contra los Franceses que viajaban por Inglaterra; se armó la torre de Londres; se mandaron hacer levas y todos los preparativos y proclamas anunciaron una guerra inminente. Se procuró escitar al populacho de Londres, sin perdonar medio para acalorar aquella ciega pasion con que en Inglaterra suele mirarse una guerra contra la Francia como un servicio nacional; se embargaron los buques cargados de granos que venian á nuestros puertos, y cuando llegó la noticia de lo ocurrido el 21 de enero se dió órden al embajador frances, que hasta entonces no se habia querido reconocer, para que saliese del reino en el término de 8 dias. Inmediatamente mandó la convencion nacional que se

estendiese un informe sobre la conducta del gobierno ingles con la Francia, sobre su inteligencia con el Stathouder de las Provincias Unidas, y el primero de febrero, despues de haber oido á Brissot con mucho aplauso de los dos partidos, declaró solemnemente la guerra á la Holanda y á Inglaterra. Era esta tambien inminente con el gobierno Español, ó por lo menos se la miraba como tal, aunque todavia no estuviese declarada. Por manera que la Francia tenia por enemiga toda la Europa, y la condenacion del 21 de enero fue el acta por la cual habia roto con todos los tronos y se habia comprometido irrevocablemente en la carrera de la revolucion.

Era preciso sostener el asalto terrible de tantas potencias conjuradas, y por numerosa y rica que fuese su poblacion y recursos, era difícil que pudiera resistir al esfuerzo universal que se dirigia contra ella. Mas no por eso los gefes del gobierno dejaban de tener tanta confianza como osadia, y los sucesos inesperados de la república en la Argona y en la Bélgica les habian persuadido que todo hombre y particularmente un frances podia ser soldado al cabo de seis meses. El movimiento mismo que agitaba la Francia les hacia creer que toda la poblacion podia trasladarse á los campos de batalla, y que era muy posible reunir hasta tres ó cuatro millones de hombres que no tardarian

en ser soldados, y esceder el numero que pudiesen oponerles todos los soberanos de Europa juntos. —Mirad, decian, todos esos reinos y la corta cantidad de hombres que pueden reclutar á duras penas para llenar los cuadros de sus ejércitos, como que toda la poblacion es indiferente y se ve á un puñado de individuos regimentados dar la ley y decidir de la suerte de los mas vastos imperios. Pero por el contrario suponed una nacion entera, que sale de la vida privada y se arma para su defensa, ¿no es natural que destruya todos los cálculos ordinarios? ¿qué puede haber imposible para 25 millones de hombres? Tampoco se apuraban por los gastos, porque el capital de los bienes nacionales se aumentaba diariamente con la emigracion y escedia con mucho la deuda. En aquel tiempo es cierto que aquel capital no tenia valor alguno por falta de compradores, pero los asignados producian el mismo efecto, y su valor facticio suplía por el valor futuro de los bienes que representaban. Su curso estaba reducido á la tercera parte de su valor nominal, pero era tan enorme aquel capital, que con la tercera parte que se pusiese en circulacion bastaba y sobraba para todo. Ademas aquellos hombres que iban á ser trasladados al campo de batalla vivian cómodamente en sus casas, y aun algunos con lujo, ¿por qué pues no habian de poder vivir lo mismo en cam-

pañía? ¿Era posible que faltasen víveres ni tierras en cualquiera parte donde se encontrasen? Sobre todo, según se hallaba el orden social había muchas más riquezas de las que se necesitaban para las necesidades de todos, y solo faltaba hacer de ellas mejor distribución, para lo cual se proponían hacer que los ricos pagasen los gastos de la guerra. Últimamente, como los estados á donde se proponían penetrar, tenían que destruir su antiguo orden social y muchos abusos que corregir, podían realizar beneficios inmensos del clero, de la nobleza, de la corona, y era necesario que pagasen á la Francia los socorros que ésta les daba.

Así discurría la ardiente imaginación de Cambon y estas ideas se apoderaban de todo el mundo. En otro tiempo y en la antigua política solo se calculaban las contribuciones y las rentas para mantener ciento ó doscientos mil soldados: pero ahora se trataba de levantar una masa entera de hombres, que se decía á sí misma: *yo seré el ejército*; y que mirando la suma general de las riquezas, decía también: *esta suma basta y si se reparte entre todos, será suficiente para las necesidades de to-*

* Estos cálculos económicos eran por cierto dignos de las cabezas que entonces dirigían los destinos de la Francia, y no es lo malo que se hiciesen, sino que se hayan realizado después, no en cambio de la libertad, sino también para consolidar la servidumbre. (N. del T.)

dos. Es verdad que no raciocinaba así toda la nación, sino la porción más exaltada, que al formar aquellas resoluciones se proponía obligar á que se sometiese á ellas toda la masa nacional.

Antes de hacer mérito de la distribución de los recursos imaginados por los revolucionarios Franceses, es preciso que nos traslademos á nuestras fronteras, y veamos cómo se había concluido la última campaña. Sus principios habían sido brillantes, pero aquella primera ventaja mal sostenida, no había servido más que para estender nuestra línea de operaciones, y provocar de parte del enemigo un esfuerzo mayor y más decisivo. Por tanto nuestra defensa había llegado á ser tanto más difícil cuanto era más estensa, y el enemigo batido era regular que redoblase su energía y esfuerzo, aprovechándose de la desorganización casi general de nuestros ejércitos. Añádase á esto que se había duplicado el número de los coligados, porque nos amenazaban los Ingleses en nuestras costas, los Españoles en los Pirineos, y los Holandeses en el norte de los Países Bajos.

Dumouriez había hecho alto en las orillas del Mosa y no había podido adelantarse hasta el Rhin por razones que no han podido saberse, ni mucho menos explicarse la lentitud que sucedió á la rapidez de sus primeras operaciones. Cuando llegó á Lieja ya era completa la desorganización

de su ejército; los soldados estaban casi desnudos y á falta de zapatos se envolvian los pies en heno y solo tenian pan y carne, gracias á la contrata que habia hecho Dumouriez de su propia autoridad. Pero faltaba absolutamente el dinero para el pré y tenian que robar á los paisanos ó batirse con ellos para que recibieran los asignados. Los caballos se morian de hambre por falta de forrages y los de la artilleria habian perecido casi todos. Tantas privaciones y tanta lentitud en la guerra habian llegado á disgustar á los soldados, y los voluntarios huian á bandadas, apoyándose en un decreto en que se declaraba que la patria habia cesado de estar en peligro; y se necesitó otro decreto de la convencion para impedir las deserciones, en términos que por mas severa que anduviese la gendarmeria situada en los caminos, apenas bastaba para detener á los fugitivos. Se habia quedado reducido el ejército á una tercera parte y todas estas causas reunidas impidieron perseguir á los Austriacos con toda la rapidez necesaria. Clerfayt habia tenido tiempo de atrincherarse en las orillas del Erft, Beaulieu al lado del Luxemburgo, y le era imposible á Dumouriez con un ejército que no pasaba de treinta á cuarenta mil hombres, desalojar á un enemigo retrincherado en las montañas y en los bosques, teniendo por apoyo una de las plazas mas fuertes del

mundo. Si, como decia entonces todo inteligente, hubiera Custine, en lugar de hacer incursiones en Alemania, bajándose hacia Coblenz, é incorporándose con Beurnonville para tomar á Treveris, y bajar juntos por el Rhin, Dumouriez habria ido allí por Colonia, y dándose la mano todos tres hubieran caido sobre el Luxemburgo que no podia menos de rendirse por falta de comunicaciones. Pero no habia sucedido nada de esto, sino que Custine queriendo llamar la guerra hacia el lado donde el se hallaba, no habia conseguido otra cosa que provocar inutilmente una declaracion de la dieta imperial, irritar la vanidad del rey de Prusia y empeñarle mas en la coalicion. Reducido Beurnonville á sus propias fuerzas, no habia podido tomar á Tréveris, y el enemigo habia podido mantenerse en el electorado y en el ducado de Luxemburgo. En tal estado de cosas, si Dumouriez se hubiese adelantado hacia el Rhin, habria descubierto su flanco derecho y su espalda, fuera de que en ningun caso podía, en la situacion en que se hallaba su ejército, invadir el inmenso pais que se estiende desde el Mosa hasta el Rhin y hasta las fronteras de Holanda, pais quebrado, sin medios de transporte, lleno de bosques y montañas, y ocupado ademas por un enemigo que todavia era respetable. Ciertamente Dumouriez, en caso de tener los medios necesarios,

hubiera preferido hacer conquistas en el Rhin antes de venirse á Paris á solicitar en favor de Luis XVI. No era tanto su celo por la monarquía como él preconizaba en Londres por hacerse valer, ni como le imputaban los jacobinos para perderle, que quisiera renunciar á sus victorias y venir á comprometerse en medio de las facciones de la capital. El no se separó del campo de batalla, sino porque no podía hacer allí nada, y porque quería con su presencia cerca del gobierno terminar las dificultades que se le habian suscitado en Bélgica.

Ya hemos visto en qué apuros iba á encontrarse con la conquista, puesto que el país deseaba una revolución, mas no completa y radical como la de Francia, y Dumouriez, tanto por afición propia como por política y prudencia militar, debía naturalmente inclinarse á los deseos moderados del país que ocupaba. Ya vimos también como se puso en lucha por evitar á los Belgas los inconvenientes de la guerra, haciéndoles partícipes de los beneficios del surtido del ejército y para introducirles mas bien que imponerles los asignados; sin haber tenido otra recompensa de su celo que las embestidas de los jacobinos. Otra contrariedad le habia preparado Cambon con el decreto que hizo espedir el 15 de diciembre, cuando dijo en medio de los mayores aplausos; «Es preciso declararnos *poder revolucionario* en todos

« los países donde entremos, porque es inútil disimular; los déspotas saben lo que queremos, y supuesto que lo adivinan es menester decirlo claro como que la justicia está de nuestro lado. « Es necesario que en todas partes donde entren nuestros generales proclamen la soberanía del pueblo, la abolición de la feudalidad, del diezmo y de todos los abusos; que se disuelvan todas las autoridades antiguas, y se formen provisionalmente otras nuevas bajo la dirección de nuestros generales; que estas administraciones gobiernen el país y discurren los medios de formar convenciones nacionales que decidan de su suerte; que inmediatamente se secuestren y pongan bajo la salvaguardia de la nación francesa los bienes de nuestros enemigos, es decir los de los nobles, los de los clérigos, de las comunidades civiles ó religiosas, de la iglesia etc. para que se lleve cuenta de ellos en las administraciones locales, y sirvan de hipoteca á los gastos de la guerra de que deben soportar una parte los países libertados, supuesto que la guerra tiene por objeto la emancipación. Concluida la campaña, es preciso entrar en cuentas, y si la república ha recibido en suministros mas de lo que se la deba en la porción de gastos, pagará el exceso, y sino se le pagarán á ella. Es indispensable que estando nuestros asignados fundados

« en la nueva distribucion de la propiedad , sean
 « recibidos en los países conquistados y que su
 « circulacion se estienda igualmente que los prin-
 « cipios que la han producido ; últimamente que
 « el poder ejecutivo envíe comisionados que se en-
 « ticndan con estas administraciones provisiona-
 « les , para fraternizar con ellas , llevar las cuentas
 « de la república y ejecutar el secuestro decreta-
 « do. Nada de revolucion á medias , añadía Cam-
 « bon , sino que el pueblo que no quiera lo que
 « nosotros le proponemos será nuestro enemigo y
 « tratado como tal. Paz y fraternidad á todos los
 « amigos de la libertad , guerra á los cobardes par-
 « tidarios del despotismo ; guerra á los palacios , paz
 « á las cabañas. »

Inmediatamente fueron consignadas estas dis-
 posiciones en un decreto y puestas en ejecucion en
 todas las provincias conquistadas , derramándose
 por la Bélgica una nube de agentes elegidos por
 el poder ejecutivo entre los jacobinos. Bajo su
 influjo se formaron las administraciones provisio-
 nales induciéndolas á la demagogia mas estrema-
 da ; y el bajo pueblo escitado por ellos contra las
 clases medias , cometia los mayores desórdenes.
 Era en sustancia la anarquia de 93 , creada entre
 nosotros progresivamente por cuatro años de al-
 borotos , que aparecia derepente y sin ninguna
 transicion desde el antiguo al nuevo orden de co-

sas. Aquellos procónsules mandaban encarcelar
 y secuestrar asi los bienes como las personas , y
 con arrebatat toda la plata de las iglesias , habian
 disgustado mucho á los desgraciados Belgas , que
 eran verdaderamente religiosos , y sobre todo da-
 do lugar á muchas malversaciones. Empezaron
 por formar una especie de convenciones para de-
 cidir de la suerte de cada comarca , y bajo su des-
 pótico influjo se votó en Lieja , en Bruselas , en
 Mons y en otras partes su reunion á la Francia.
 Eran estas desgracias inevitables y tanto mayores ,
 cuanto á la violencia revolucionaria que las pro-
 ducia se juntaba la brutalidad militar que ejecu-
 taba. Pero todavia estallaron en aquel desgracia-
 do pais otro género de divisiones , porque los
 agentes del poder ejecutivo pretendian someter á
 sus órdenes á los generales que se hallaban en la
 estension de su comisariato , y si aquellos genera-
 les no eran jacobinos , como sucedia muy á me-
 nudo , era una nueva ocasion de luchas y discor-
 dias que contribuian á aumentar el desorden ge-
 neral. Indignado Dumouriez de ver comprome-
 tidas sus conquistas , ya por la desorganizacion
 de su ejército , ya por el odio que se inspiraba á
 los Belgas , habia tratado duramente algunos de
 aquellos procónsules , y venido á Paris á espre-
 sar su indignacion con la viveza propia de su ca-
 rácter y con la altivez propia de un general vic-

torioso, que se creia necesario á la república.

Tal era nuestra situacion en aquel principal teatro de la guerra. Encerrado Custine en Maguncia, no dejaba de clamar contra el modo con que Beurnonville habia ejecutado su intentona contra Tréveris. Kellermann se mantenía en los Alpes, en Chamberi y en Niza. Servan estaba esforzándose aunque en vano por componer un ejército en los Pirineos, y Monge, tan débil como Pache con los jacobinos, habia dejado desarreglar la administracion de la marina. Era pues indispensable dirigir toda la atencion pública á la defensa de nuestras fronteras. Habia pasado Dumouriez el fin del mes de diciembre y todo el de enero en Paris, donde se habia comprometido por algunas espresiones dichas en favor de Luis XVI, por no querer asistir á los jacobinos, donde se le anunciaba todos los dias y no parecia jamas, y últimamente por sus relaciones con su antiguo amigo Gensonné. Habia redactado cuatro memorias, una sobre el decreto de 15 de diciembre, otra sobre la organizacion del ejército, otra sobre suministros y la última sobre el plan para la siguiente campaña; y al pie de cada memoria se encontraba su dimision en caso de reusarse lo que proponia.

Habia la asamblea establecido, ademas de sus comisiones diplomática y militar, otra extraordinaria con el título de *defensa general*, encargada de

ocuparse universalmente de cuanto interesase á la defensa de Francia. Era muy numerosa y ademas podian todos los miembros de la asamblea asistir cuando gustasen á sus sesiones. El objeto que se habia tenido al formarla era conciliar á los diputados de los partidos opuestos y tranquilizarlos acerca de sus intenciones haciéndoles trabajar juntos en la salvacion comun. Irritado Robespierre de ver que los girondinos asistian á ella, se abstenia de concurrir, y por lo mismo acudian los otros con mayor frecuencia. Allí se presentó Dumouriez con sus planes, que no siempre fueron comprendidos y donde disgustó á menudo por su altivez, y acabó por abandonar sus memorias á la suerte. Entonces se retiró á alguna distancia de Paris, poco dispuesto á desistirse de su generalato, por mas que hubiese amenazado á la convencion con sus renunciaciones, aguardando el momento de abrir la campaña.

Estaba ya despopularizado del todo en los jacobinos, y todos los dias le calumniaba Marat en sus papeles por haber defendido la media revolucion en Bélgica y tratado con severidad á los demagogos. Le acusaban de que habia dejado escapar voluntariamente á los Austriacos de la Bélgica y hasta recordaban públicamente que habia abierto las puertas de la Argona á Federico Guillermo, cuando hubiera podido aniquilarle. En